

Tercera corrida de la Feria de Abril de Sevilla

Una faena para la historia

Manzanares embriagó de arte a los sevillanos

Sevilla. Vicente Zabala, enviado especial

Nada puedo hacer con mayor gusto, después del para mí doloroso estacazo familiar que propiné a los Domecq, a través de la pésima e inpresentable corrida de Juan Pedro, del día anterior, que prodigarle hoy en el elogio a Alvaro Domecq y Díez, tan justo y merecido como la censura al pariente. Si en Sevilla, como en todas partes, no se hubieran perdido muchas de las más hermosas tradiciones, el viejo rejoneador, en diversos momentos de la corrida hubiera tenido que despojarse de su magnífico sombrero de ala ancha para corresponder a los aplausos, tras la muerte del cuarto y quinto toros de la tarde.

Estoy de acuerdo con la escrupulosa selección del toro de lidia en busca de una bravura alegre, noble y temperamental. Hasta cierto punto entiendo las exigencias de los toreros pretendiendo el toro de más largo recorrido y mayor fijeza en los engaños. Mas no estoy de acuerdo con la industrialización de la bravura, con ese afán de convertir las dehesas en univesidades donde se enseñara a que las reses no molesten, no aflijan, no interfieran en ningún momento la comodidad de los toreros.

La corrida de Alvaro Domecq, salvo el que abrió plaza, con la fuerza muy justa, claramente débil, aunque boyante, fue un ejemplo de acción, espléndida movilidad, prontitud para acudir a los caballos y a las telas rojas. Eso, en estos tiempos, y después de las dos primeras corridas de feria presenciadas, es de valorar y agradecer. En el conjunto de la corrida puede sentirse muy contento el caballero jerezano. Qué duda cabe de que ha habido algunos reparos, como el citado de la flojedad del primero y las embestidas altas del sexto; pero la emotiva vibración del tercero, repitiendo las embestidas, y el formidable juego del cuarto, con gran son, y el extraordinario estilo del quinto, logran con crecen la calificación de notable. Yo firmaría ahora mismo, como cualquier aficionado —y no dudo que los toreros también— que todas las corridas de la feria sevillana fueran como ésta.

El crítico y los nervios...

Daría cualquier cosa por haber escrito esta crónica. Los nervios me traicionan. Se me amontonan las ideas mientras dicto a mi compañero del taller de fotocomposición de una manera atropellada. Este ABC de Madrid tiene que amanecer en Sevilla. Hace sólo unos minutos que José Mari Manzanares ha inmortalizado al toro «Perezoso» —atención historiadores— del hierro de Torrestrella.

Desde que se abrió de capa con unos primeros lances, ganando terreno, hasta que tiró sin puntilla al bravo fiero de una estocada, el de Alicante se mostró inspirado, con absoluta entrega, sin una sola concesión a la galería. El sentimiento del artista saltaba con enorme prontitud al corazón de los aficionados.

El maravilloso comienzo de la obra de arte, andando hacia los medios, relacionando el trincherazo con el de la firma, para acabar echándose a su enemigo por delante en un soberano pase de pecho es algo que no se puede olvidar. Ni al crítico ni a nadie que sienta y entienda el arte de torear. En un palmo de terreno el torero del Mare Nostrum

componía su diseño, enlazaba sus movimientos —¡qué manera de ligar los pases!— como el gran orador, como aquel inolvidable —aunque olvidado injustamente a propósito— José María Pemán cuando producía sus frases enteramente resueltas, con su impar donaire. La faena era una. Sí, una sola. Y el que quiera entenderme, que me entienda. No un pase acá y otro acullá. No un muletazo y una rectificación para empezar otro nuevo, porque así torear casi todos, porque así ha toreado muchas veces también aquél Manzanares dormilón e irresponsable de otros tiempos. De esa manera deleznable, sin medir las soluciones de continuidad de un modo aislado e incoherente. Hoy Manzanares ha toreado de la forma en que este espectáculo pierde todo lo que de bárbaro pueda llevar consigo. La belleza, el deleite del propio torero, eso que los taurinos ordinariamente llaman «gustarse», se remontaba por encima de cualquier arista sangrienta de la fiesta. La faena ha tenido medida, orden, torería y una enorme decisión. Ni una duda, ni un pase de más ni de menos. Pura música clásica bien armonizada y modulada. Lejos de la «ratonera» de todos los días. Hacía falta el buen oído de los sevillanos para escucharla. Yo no quiero ni pensar si esos muletazos de mano baja, de muñecas sueltas, de flexible juego de cintura llegan a surgir de las manos de un par de toreros que yo me sé la que se hubiera armado. Si además de lo que vieron estasiados, le llegan a poner pasión, fantasía y novelería, como otras veces... ¡Dios mío!

Le dieron las dos orejas. En mi opinión de las más justas que he visto cortar en esta plaza en los veinticinco años que llevo de crítico taurino y en aquellos lejanos de mi niñez cuando aprendí las primeras letras de la mano del hermano Domingo en los Maristas de la sevillana calle Jesús.

En el primero, Manzanares había estado correcto, pero la faena no pasó de ser una más, aunque con hermosos destellos, de las

Ficha de la corrida

Plaza de la Real Maestranza. Lleno. Seis toros de Torrestrella, que dieron buen juego. Cuatro aplaudidos en el arrastre.

José Mari Manzanares, de tabaco y oro. En su primero, estocada caída. Aviso (ovación y vuelta al ruedo). En el cuarto, estocada (ovación y dos orejas).

Emilio Muñoz, de limón y oro, en su primero, estocada baja (pitos). En el quinto, pinchazo y estocada a volapié (ovación, oreja y vuelta al ruedo).

Curro Durán, de blanco y plata. En su primero, media tendida (división de opiniones). En el sexto, tres pinchazos y estocada (palmas).



Manzanares en un trincherazo de su inolvidable faena

que habitualmente instrumenta el de Alicante, pero pecó de larga, eternizándose en series de muletazos, que carecieron del sentido de la medida, que fue el mérito de la memorable faena a «Perezoso».

¿Recuperación?

Emilio Muñoz no se acopló con su primero. La faena se desarrolló en la línea de los últimos tiempos de este torero: torpe, embarullado y sin sitio. Menos mal que mató con prontitud.

En el quinto, el de Triana hizo el esfuerzo por superarse. La faena tuvo el mérito indiscutible del afán del joven diestro por remontar esa situación de callejón sin salida en el que él solito se había metido. Hubo momentos en que Muñoz se encontró a sí mismo. Algunos muletazos brillaron con el temple y el buen gusto de sus comienzos, cuando iba de la mano, perfectamente orientado, me refiero a lo profesional, de su padre. El público agradeció el coraje del torero de la trianera calle de Pureza. El chico se fue creciendo, para terminar entrando a matar con agallas, muy recto, con la mirada puesta en el morrillo. Un pinchazo arriba al que siguió un soberano volapié. Le dieron la oreja, que paseó más contento que unas castañuelas en la vuelta al ruedo.

Curro Durán no encajó bien el genio del tercero de la tarde, que repetía con bravura las embestidas. El de Utrera se lo había dejado sin picar. Cargó con las consecuencias. La movilidad del animal le trajo de cabeza. Durán sólo lució en este toro en unas espléndidas verónicas de recibo. El resto de la pelea la ganó el toro.

El sexto, dicho queda, fue el peor. Las embestidas altas deslucieron, una y otra vez, la buena intención del hombre empeñado en agradar, pero no fue posible.

Abandonamos la Maestranza entre comentarios encomiables hacia ese torero que había hecho vivir al aficionado una tarde de ritmo de emoción estética, de auténtica emotividad sentimental.